

coloreada, tan saltarina, no encontraba resonancias en este pueblo —que no quiere la génesis, el devenir, el irse haciendo, sino lo ya hecho—, la danza compostelana del pan conmovió la entraña ática. Es un baile litúrgico, misterioso, de ejecución casi procesional y cuidadosísima, en que el coro rueda en torno a una sacerdotisa que porta un redondo pan en la cabeza. Acaso signifique una ofrenda nutricia a la Madre de Dios. Un poeta medieval de mi predilección dijo en un verso que tiene miga eucarística:

*Virgen del pan de trigo.*

El público la contempló con un ardiente, crujiente, estupor admirativo como en comunión de entusiasmo religioso. Y mi amigo Filadelfeos, presidente de la Sabia Sociedad «Eurípides», no se cansaba de elogiármela:

—Esto es Eleusis —me decía—; es Eleusis, la raíz de Esquilo.

—Sí, maestro; es el origen de los orígenes. Es Deméter, Triptolemo, Persefone. Es el misterio eterno de la especie sacramental. Aquí, junto al mar antiguo, digo la verdad. Atenas y Compostela; Acrópolis del clasicismo, Acrópolis del cristianismo. Galicia: Miga por fuera, corteza por dentro. Y el pan, terreno y eucarístico, en la sola y una comunión de la humanidad humanada. Comedores de pan, llamaba Odiseo a los civilizados. Y hay que cantar y danzar lo que nos nutre. De ti lo aprendimos, padre Homero. De ti lo aprendimos viejo Kesiodo.

Este entusiasmo de Atenas que Coros y Danzas ganaron con esfuerzo, como se gana el pan, alcanzó a todas las clases. La alta dió de ello patentes muestras en la recepción que ayer celebró nuestra Legación, cuyo ministro, señor Romero Radigales, no dejó de prodigarnos en todas estas jornadas su generosa y preciosa asistencia. El presidente

del Consejo, Venicelos, quiso ver las danzas todavía una vez. Y era un gozo presenciar cómo el patriado de la polis le llevaba el compás a las cadencias extremeñas y a los palillos granadinos.

A su vez, el entusiasmo popular se desbordó en el Ayuntamiento. El teniente de alcalde, en un discurso leído en castellano, nos dió la bienvenida con acento de alcance político, que subrayó nuestro ministro, al responderle con acierto cómo las milenarias relaciones entre los dos países encontraban ahora una profunda afinidad por ser España y Grecia los dos únicos pueblos de Europa que le hicieron frente al comunismo.

En la sala byroniana del Municipio, con orla de retratos de la época de la Independencia, las chicas recogieron plácemes a patadas. Para mí tenía una gran emoción encontrarme en el más antiguo Ayuntamiento del mundo, pues el Ayuntamiento, el sinelcismo, es algo que inventó Teseo, haciendo primero el ágora, la plaza de las gentes. En el Museo, donde tuve que improvisarme en Pausanias, les conté yo a las chicas, ante un busto de Arladna, la historia del fundador ateniense. Les dije cómo aludía a los orígenes de la danza mediterránea, a los ritmos curetes y a los pasos de la cadenciosa minoica en el tablado de Cnosos, hace de esto tres mil quinientos años. Tengo la impresión de que esa historia les gustó mucho, excepto el episodio de Naxos, ante el cual una extremeña hizo un mohín condenatorio.

En tanto, nos recibían en la sala byroniana de la Alcaldía; en el ágora vivaz y bulliciosa todo era tráfico, pequeño comercio, tenderetes. Pero el comercio cesó, cesó la politiquería y se cerraron las tiendas, al bajar las chicas a coger los autobuses. Entonces fué ella. Se acercaban a verles los variopintos trajes, entre gentilezas y castos piropos.